

Pekín, capital del mundo

Carlos LARRÍNAGA

Historiador y politólogo. Catedrático de Universidad

Si algo ha dejado de manifiesto el reciente desplazamiento de Trump a China es que los dirigentes de la República Popular son capaces de tratar ya de tú a tú a los Estados Unidos. Mucho han cambiado las cosas desde aquel histórico viaje de Nixon en febrero de 1972. El programa, cuidadosa y secretamente preparado por Kissinger, culminó con la histórica reunión con Mao, poniendo fin a décadas de desavenencias entre las dos repúblicas. La China de entonces no se parecía en absoluto a la actual, de modo que el objetivo fundamental fue tensar las relaciones chino-soviéticas. Hoy China es un actor de primer orden mundial y Washington así lo percibe.

En efecto, fue la Administración Obama la que empezó a girar su política exterior hacia el Indo-Pacífico, sabiendo que las transformaciones económicas y sociales vividas en la República Popular habrían de convertirla en un serio competidor, hasta el punto que determinados analistas han vaticinado un posible conflicto bélico entre ambas potencias. Afortunadamente, esta opción tiende a diluirse, siendo muy significativa esa frase de Trump de que no necesitamos una guerra a 15.000 kilómetros de casa, en alusión a Taiwán. Y ésa es precisamente la línea roja que le ha marcado Xi Jinping mediante la denominada “estabilidad constructiva estratégica”, que podría estar en vigor tres años o más, es decir, al menos, durante la presidencia del neoyorkino.

A este respecto, cabe recordar que Taiwán o República de China sólo está reconocida por un puñado de naciones como estado independiente, entre los que no figura ni Estados Unidos ni ningún país europeo, salvo el Vaticano. Tan es así que 1971 Taiwán perdió su representación en la ONU en favor de la República Popular de China. Por tanto, en realidad, desde ese año se registró la primacía de Pekín sobre Taipéi, lo que no obsta para que los estadounidenses hayan venido apoyando reiteradamente a la isla en su pugna con la China continental.

De esta forma, la visita de la demócrata Nancy Pelosi, presidenta de la Cámara de Representantes, en agosto de 2022, a Taiwán fue toda una afrenta. En sus entrevistas con Xi Jinping Trump ha sido mucho más prudente de lo habitual, no confirmando el envío de armas que tiene apalabrado ni diciendo nada sobre una posible intervención ante la toma por la fuerza de China de la isla rebelde. De eso el magnate no habla, lo cual es muy curioso en un hombre tan charlatán e incapaz de guardar las formas. ¿Silencio elocuente? Cabe pensar que sí, dado que no le interesaría un nuevo conflicto después de la que tiene liada en Irán.

Y éste fue otro de los puntos tratados en sus encuentros con Xi. Es cierto que Trump no busca favores porque luego hay que devolverlos, pero sabe perfectamente de la influencia que Pekín tiene en los dirigentes de Teherán. No en vano, el 6 de mayo, el ministro de Asuntos Exteriores de Irán, Abbas Araghchi, se entrevistó con su homólogo chino en busca de apoyo diplomático frente a la intensa presión internacional. Pocos días antes había estado en Moscú, viendo a Putin y a Lavrov. No creo que estos cónclaves de Araghchi fueran una casualidad, en especial, cuando Putin también tenía programado el ir a Pekín después de Trump. En última instancia, Irán constituye en estos momentos una auténtica patata caliente de la que no sabe muy bien cómo salir. Esa guerra que dice que ha ganado y que iba a terminar en unas pocas semanas parece que se le está atragantando, de forma que si el líder chino quiere contribuir a desatascar la situación en Ormuz, mejor, habida cuenta de que China es un buen cliente del crudo iraní. Al fin y al cabo, Pekín lo ha dejado muy claro: la guerra contra Irán no debía

haberse iniciado, por lo que conviene terminarla cuanto antes. No obstante, está por ver qué pasos va a dar China en este sentido, puesto que en la cumbre de ambos mandatarios no se concretó nada.

En el fondo, los logros han sido mínimos, salvo ciertos acuerdos comerciales que Trump ha vendido como un gran triunfo, pero que China, prudente ella, no ha confirmado, salvo los 200 aviones Boeing, cuando se esperaba que fueran 500. El hecho de que las acciones de la compañía bajasen y las principales bolsas del mundo experimentaran caídas confirman la decepción de los inversores tras la cita. Y es que la confianza entre ambos líderes y potencias no se gana en dos días. Al contrario de la reunión del 20 de mayo entre Xi Jinping y Putin. El que Xi denominara al segundo “viaje amigo” da idea de los estrechos lazos existentes entre los dos vecinos, que se han visto ahora reforzados por las garantías de petróleo, gas y carbón rusos a la industria china, al tiempo que la República Popular se conforma como el gran sostén de Rusia. Pero la alineación no sólo es económica, sino también política, criticando el unilateralismo americano y la guerra contra Irán. Como antaño, China vuelve a ser el centro del mundo.

20 de mayo de 2026

Publicado en *El Diario Vasco*, 22 de mayo de 2026, p. 23